

## VI. La experiencia comunitaria de Dios

### LA FRATERNIDAD COMO UN ASPECTO DE LA EXPERIENCIA DE DIOS EN EL CENOBIO<sup>325</sup>

El novicio es examinado para ver si “realmente busca a Dios” (RB 58,7)<sup>326</sup>. Después de “haberlo deliberado consigo”, si promete obediencia “sea admitido en la comunidad” (*in congregatione*: RB 58, 14). Por lo tanto parecería que existe alguna conexión entre buscar a Dios y ser recibido en la congregación. Es en la congregación donde el cenobita busca a Dios. ¿Puede encontrarlo allí de manera especial, es decir, por su condición de congregación? ¿Puede el cenobita experimentar a Dios de algún modo en la comunidad, que es el lugar de su búsqueda?

El monje benedictino es un cenobita: vive una vida común (*koinos bios*). El cenobita se distingue de otros tipos de monjes porque vive bajo “una regla y un abad” (RB 1,1). La vida común no distingue por sí misma al cenobita, ya que a menudo los sarabaítas viven “de a dos o tres” (RB 1,8). Pero la vida común es una de las características esenciales de la vida cenobítica. Por eso, si se toma separadamente el aspecto comunitario para reflexionar sobre él, esto no significa que tal sea la característica que define al cenobita. Es una característica esencial, pero no la única característica de la vida cenobítica, y tampoco le es privativa.

La regla benedictina (RB) nunca usa el término comunidad (*communitas*). Habla de la “regla común” (*communis monasterii regula*: RB 7,55), de la “comida común” (*mensae communis*: RB 43,15) y cita a Hch 4,32, cuando dice: “sean todas las cosas comunes a todos” (*omniaque omnibus sint communia*: RB 33,6). Sin embargo, cuando RB se refiere al grupo de monjes que vive en común, prefiere llamarlo congregación (*congregatio*). El término es usado veinticinco veces en RB. Etimológicamente, indica una reunión de ovejas (*cum y grex, gregis*)<sup>327</sup>. Sería presuntuoso afirmar que el autor de RB tenía presente esta etimología cuando usó el término, pero el significado radical concuerda con las demás imágenes pastoriles usadas en RB. Los sarabaítas viven “sin pastor, reclusos no en los apriscos del Señor, sino en los propios” (RB 1,8). Es obvio, por lo tanto, que el autor de RB consideró al cenobio como el aprisco del Señor. El abad es el pastor del rebaño del Señor (RB 2, 7, 8, 9, 39), y tendrá que dar cuenta “por lo que el padre de familia pudiere echar de menos en el provecho de sus ovejas” (RB 2,7; cf. 2,39). El abad debe imitar el “piadoso ejemplo del Buen Pastor” (RB 27,8). Así Cristo es en realidad, el pastor; el abad tiene que darle cuenta a Él. Es meramente su representante (*Christi enim agere vices in monasterio creditur*: RB 2,2).

El novicio que busca a Dios es recibido en la congregación, en el aprisco del Señor. Ya que éste es el aprisco del Señor, el cenobita puede esperar que ha de experimentar la presencia de Dios Pastor que cuida de sus ovejas. Al ser recibido en la congregación, el monje puede tener la esperanza de experimentar al Dios que busca, no a pesar de, ni aparte del rebaño sino en la experiencia del rebaño mismo.

Así como Cristo, y su representante, el abad, es llamado pastor, los monjes son llamados ovejas (RB 2,7, 10,39; 27,5. 8; 28,2). Por consiguiente es muy apropiado que la reunión de monjes bajo un abad sea llamada congregación. Es la grey del Señor, y El le está presente, vigilándolo y cuidándolo a

<sup>325</sup> Tradujo: P. Martín de Elizalde, osb. Abadía de San Benito. Buenos Aires – Argentina.

<sup>326</sup> Las referencias a RB se hacen según la versificación usada por R. HANSLIK *Benedicto Regula*, CSEL 75, Wien 1960. La versificación de Hanslik sigue la establecida por A. LENTINI, S. *Benedetto: La Regola. Testo, versione e commento*, Montecassino 1947. La traducción castellana usada es la de: *San Benito. Su Vida y su Regla*, BAC 115, Madrid 1968, 2 ed.

<sup>327</sup> Cf. Aeg. FORCELLINI, *Lexicon Totius Latinitatis*, Patavii 1940 tom. 1, n 784 voz: *congregatio*.

través de la instrumentalidad del abad. Congregación, entonces, se refiere a la comunidad de monjes en su relación con el abad y con Cristo. El término parece enfatizar la relación vertical de la comunidad con Cristo, pero implica también relaciones horizontales entre los monjes. Esto es evidente para quien considere las veinticinco veces que se usa el término *congregatio* en RB (cf. especialmente RB 58,14. 22. 23; 65,2. 14. 21).

Las relaciones horizontales entre los monjes pueden tal vez expresarse mejor con el término fraternidad o hermandad. RB usa este término solamente una vez, en el capítulo 72: “Del buen celo que deben tener los monjes”. Este capítulo se ocupa casi exclusivamente de las relaciones horizontales y sigue al capítulo sobre la obediencia mutua. Se lee en RB 72,8: “Practiquen la caridad fraterna castamente-con amor” (*caritatem fraternitatis casto impendant amore*)<sup>328</sup>. Aquí se alude a la comunidad o relación entre los monjes como a una fraternidad. RB usa este término únicamente en este lugar y depende evidentemente de *Romanos* 12,10 (*charitate fraternitatis invicem diligentes*). Es digno de notar que la Regla del Maestro (*Regula Magistri*), que es la fuente para una gran parte de RB, no utiliza el término *fraternitas*. A la luz del uso que de él hace RB se puede concluir que RB ve a la comunidad como una fraternidad, o por lo menos que este término podría expresar las relaciones horizontales entre los monjes. La conclusión se deduce del uso del término hermano (*frater*) para designar al monje o a los monjes, y que aparece noventa y tres veces en RB. En su empleo RB concuerda con sus fuentes monásticas, porque el término había llegado a ser sinónimo de monje en el tiempo en que RB fue escrita<sup>329</sup>. Sin embargo conserva su valor indicativo de las relaciones horizontales entre los monjes.

Así, cuando se considera la experiencia de Dios en la comunidad benedictina, se debería tener en cuenta que RB no habla de comunidad sino más bien de congregación y fraternidad. Estos dos términos dirían entonces algo acerca de la clase de experiencia que se puede esperar. Ambas palabras implican relaciones verticales y horizontales. Al reflexionar sobre la experiencia de Dios en la fraternidad cenobítica habría que tener en cuenta siempre estas dos dimensiones. En las consideraciones que siguen, empero, ambas dimensiones no volverán a ser distinguidas ni desarrolladas, pero siempre se han de tener presentes. En general, el interés estará centrado, aunque no en forma exclusiva, en las relaciones horizontales.

¿De qué manera entonces la congregación o la fraternidad cenobítica es una experiencia de Dios? ¿Cómo puede el cenobita experimentar a Dios en la comunidad en la cual lo busca? ¿En qué consistirá dicha experiencia? Una vez aceptado que semejantes preguntas sumergen en los peligros del subjetivismo o al menos del personalismo, es posible tratar la cuestión en forma más objetiva sin enredarse en los problemas del misticismo. Para reflexionar sobre la experiencia que el cenobita tiene de Dios como miembro de la comunidad, es necesario considerar primero dos puntos conexos que son la manifestación de Dios en la fraternidad cenobítica y su presencia en ella. La experiencia presupone alguna manifestación. Pero la manifestación presupone una presencia. Por estas razones, es necesario ante todo considerar la presencia de Dios en la fraternidad cenobítica en la medida en que es comunitaria. Después será necesario reflexionar sobre la manifestación de la presencia de Dios en la fraternidad cenobítica. Sólo entonces se podrá hacer algunas observaciones sobre la experiencia de Dios en la fraternidad cenobítica en su condición de congregación o fraternidad.

A fin de no enredarse en cuestiones y distinciones trinitarias y cristológicas, la enseñanza de RB sobre la presencia, manifestación y experiencia de Dios será considerada globalmente. Esto significa que no se distinguirá entre los conceptos de Dios como Trino y Uno, como Padre, como Verbo Encarnado, como Espíritu. Así, cuando se habla de la relación del monje con Dios, no se precisa si RB considera la divina presencia como presencia del Padre, del Señor Jesucristo o del Espíritu. Lo mismo vale respecto de la manifestación y experiencia. Cuando RB habla de Dios (*Deus o Dominus*), el Padre,

---

<sup>328</sup> No nos interesa aquí la cuestión de si *amore* va con esta frase o con la siguiente: *Deum timeant*. Lo importante para nosotros es el uso de *fraternitas*.

<sup>329</sup> Chr. MOHRMANN, “*La langue de Saint Benoît*”, en *Etudes sur le Latin des chrétiens*, II, Roma 1961, p. 336.

Cristo o el Espíritu, estas expresiones serán consideradas bajo la idea uniforme de la relación del monje con Dios.

¿Qué dice RB acerca de la presencia de Dios en la fraternidad cenobítica? Dios está siempre presente en todo lugar (RB 7,14. 23). Aunque RB no cita el pasaje de *Mateo* 18,20: “Donde hay dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos”, seguramente éste fundamenta toda la concepción de la vida común. Los cenobitas se han reunido para vivir juntos en el nombre de Cristo, y por eso pueden esperar que estará presente entre ellos.

Dios está especialmente presente entre los hermanos cuando se reúnen para la oración, para el *opus Dei* y la celebración de la Eucaristía. “Creemos que Dios está presente en todas partes... pero sobre todo debemos creerlo sin la menor vacilación cuando asistimos al Oficio Divino” (RB 19,1-2).

La Santísima Trinidad está presente cuando los hermanos cantan el oficio nocturno, ya que “al empezar el cantor a entonarlo (al *Gloria*), levántense todos inmediatamente de sus sillas en honor y reverencia de la Santísima Trinidad” (RB 9,7).

Aunque Dios está presente en todo lugar y en todo tiempo, lo está especialmente cuando la fraternidad cenobítica se reúne para cantar sus alabanzas. A pesar de que RB no desarrolla una teología de la Eucaristía, ciertamente se debe afirmar que Dios se hace presente en la fraternidad cenobítica de una manera especial cuando los hermanos se reúnen para proclamar la muerte y resurrección del Señor hasta su venida en la gloria (*1 Co* 11,26).

RB reconoce la presencia de Dios de manera especial en el abad, que es el representante de Cristo (RB 2,2; 63,13) en el cenobio, el redil del Señor. Cristo está presente en el hermano enfermo (RB 36,1-3) y en el huésped (RB 53,1), especialmente si es un pobre o un peregrino (RB 53,15). Aunque en estos últimos casos Cristo está presente en los individuos más bien que en la comunidad como tal, es sólo en el contexto de la comunidad donde esta presencia se realiza. Cristo está presente en el abad de manera especial porque es el pastor del rebaño, que es la comunidad. El hermano enfermo es un miembro de la fraternidad y por eso es presencia de Cristo para los demás hermanos. El huésped es recibido por los hermanos (RB 53,3) y es para ellos presencia de Cristo.

Estas pocas referencias bastan para mostrar que Dios se hace presente en la fraternidad cenobítica en su naturaleza comunitaria. Esto no quiere decir que Dios está presente solamente en la comunidad, sino que la congregación, la fraternidad misma, sus estructuras, su “rutina”, su ser mismo, son la esfera de la presencia de Dios para el monje. Dios no se hace presente a pesar de la comunidad, sino en la existencia y acción de la comunidad misma.

Si Dios está presente en la comunidad, ¿cómo se manifiesta?, ¿cómo puede el monje ver la presencia de Dios, ver a Dios mismo en la congregación o fraternidad? El monje no debe esperar ver el rostro de Dios, “pues ningún hombre puede verme y seguir con vida” (*Ex* 33,20). Por eso la manifestación de Dios en la comunidad no será inmediata, sino mediata. Será sacramental, porque pertenece al orden de lo encarnado (*it is Incarnational*). Dios se manifiesta a sí mismo en signos dentro de la vida común. Ante todo, está la manifestación de Dios en la celebración eucarística común. Íntimamente ligada a ella, está la manifestación, la autorrevelación de Dios por medio de la palabra inspirada de la Sagrada Escritura, tal como es proclamada en el *opus Dei* y meditada en la *lectio divina*. La primera es una experiencia comunitaria, mientras que la segunda tiene lugar más bien a nivel individual. Dios se manifiesta a sí mismo en el clima de diálogo del consejo de los hermanos. En este contexto “a menudo Dios revela al más joven lo que es mejor” (RB 3,3). Cada monje es, en su propia persona, una manifestación de Dios a los demás, porque ha sido, como todos los hombres, creado a imagen de Dios (*Gn* 1,26). Aunque el tema del hombre creado a imagen de Dios y recreado a imagen de Cristo no se halla desarrollado como tal en RB, ciertamente subyace a la doctrina del progreso en la virtud y participación en la pasión de Cristo.

El monje alcanza la cumbre de la escala de humildad en la que “la caridad de Dios..., siendo perfecta, excluye todo temor” (RB 7,67). Esto se realiza por la gracia de Dios, “lo cual se dignará el Señor manifestar por el Espíritu Santo en su obrero purificado ya de vicios y pecados” (RB 7,70). El adelanto del monje en la virtud es una manifestación visible de la presencia y el poder del Espíritu. Los monjes pueden ver el obrar de Dios en la comunidad observando mutuamente su crecimiento en el amor y la virtud.

El monje “perseverando... hasta la muerte en el monasterio” participará “de los sufrimientos de Cristo por la paciencia” (RB Prol. 50). La vida monástica es una diaria crucifixión con Cristo. Por su morir cotidiano con Cristo (compárese RB 4,10 con *Lc* 9,23), el monje manifiesta la muerte y resurrección de Jesucristo. “Llevamos continuamente en nuestros cuerpos la muerte de Cristo, para que también en nuestros cuerpos se manifieste la vida de Jesús” (2 *Co* 4, 10). Unos a otros, los monjes se ven siendo conformados a Cristo, en su muerte y resurrección, y reconocen así la presencia del Espíritu por quien se realiza esto. Creados a imagen de Dios, recreados a imagen del Hijo (*Rm* 8,29), los hermanos mismos son unos para otros presencia de Dios manifestado en sus personas.

La presencia de Dios debería manifestarse de manera especial en el abad, en sus actitudes (compárese RB Prol. 1 con RB 2,24), y en sus enseñanzas. El Abad es el guardián de la paz y de la caridad (RB 65,11) y en cuanto tal es sacramento de la presencia de Cristo en la comunidad (RB 2,2; 63,13).

De este modo Dios está presente y se manifiesta en la fraternidad cenobítica. Esta presencia y manifestación de Dios no existe a pesar de la dimensión comunitaria, sino que, al contrario, la interacción de los monjes en la oración, en la vida diaria, en las estructuras monásticas, es la esfera de la presencia de Dios y de su manifestación. No es la única presencia y manifestación de Dios en la vida del monje, pero sí un aspecto insustituible de ella. Ciertamente, el ermitaño no experimentará a Dios de la misma manera que lo hace el cenobita como miembro de la congregación o fraternidad.

Dada la presencia y manifestación de Dios en la fraternidad cenobítica o congregación, ¿cómo será para el cenobita la experiencia de Dios como presente y manifiesto? No es posible entrar aquí en todas las dimensiones psicológicas de la experiencia. Será suficiente, más bien, señalar algunas de las características teológicas de la experiencia de Dios para el monje como cenobita.

La experiencia cenobítica de Dios es una experiencia de signos. Es la experiencia de un sacramento. Esta observación es importante. El monje experimenta a Dios en la comunidad bajo forma sacramental. Esto supuesto, es posible comprender por qué la experiencia puede entrar en corto circuito. Todo cenobita experimenta el mismo sacramento (*sacramentum tantum*). Pero esto lo lleva a experimentar a Dios (*res tantum*), no a pesar del sacramento, sino a causa de él, en él. Es difícil aplicar categorías sacramentales a la experiencia de Dios de la fraternidad cenobítica. Pero lo que tratamos de ilustrar con esta analogía es que la experiencia de Dios en la comunidad puede ser frustrada. Puede ser un sacramento sin fruto. ¿Qué es lo que hace a la experiencia de Dios en la comunidad un sacramento válido y fructífero? La fe.

La experiencia de Dios en la fraternidad cenobítica es una experiencia de fe a través de signos sacramentales. Sin fe no puede haber experiencia de Dios en la comunidad. Dios está presente y manifiesto, pero sin fe permanece inadvertido.

Ya que la experiencia de Dios en la fraternidad cenobítica depende de la presencia sacramental y de la manifestación, puede pasar inadvertida y ser ignorada. La presencia y manifestación de Dios es muy sutil. De este modo, no sólo se precisa la fe, sino también el don de discernimiento.

No debería sorprender que la experiencia de Dios en la fraternidad cenobítica sea una experiencia de ausencia tanto como de presencia. Cuando Dios se revela, al mismo tiempo se oculta. Un sacramento manifiesta a Dios al mismo tiempo que lo vela. Esta es otra razón por la cual la presencia de Dios en la comunidad puede pasar inadvertida y no ser experimentada. El Dios que se manifiesta en la fraternidad cenobítica sigue siendo el Dios oculto.

De estas reflexiones se puede concluir que la vida cenobítica en cuanto vida comunitaria, puede ser una experiencia de Dios que está presente de una manera especial en las estructuras cenobíticas. El novicio busca a Dios en la congregación. Y puede esperar hallarlo allí porque El está presente y se manifiesta en la fraternidad. La comunidad no debería ser un estorbo para la experiencia de Dios del monje. No es tampoco solamente un medio de llegar a esta experiencia. Es más bien el contexto propio y la esfera de una experiencia de Dios para el cenobita. Es un sacramento de su presencia.

*St. Joseph Abbey. St. Benedict  
Louisiana - EE. UU. 70457*

*Diciembre 13 de 1971.*

### *Apéndice I. RESUMEN DEL ARTÍCULO*

Por la naturaleza misma de su vocación cenobítica, el monje benedictino busca a Dios en una comunidad. Para encontrar allí a Dios, Dios debe estar presente y manifiesto. Sólo en ese caso el cenobita puede experimentar a Dios en la comunidad. La RB describe la reunión de monjes en la vida común como una *congregatio* o *fraternitas*. Estos términos sugieren los tipos de experiencias de Dios que el monje puede esperar tener en la comunidad. En el presente estudio se ha centrado la atención más en la experiencia horizontal de Dios que en la vertical. Para poder hablar de una experiencia de Dios es necesario primero descubrir su presencia y ser consciente de sus manifestaciones. RB reconoce la presencia de Dios en la comunidad, especialmente en la oración común. Reconoce sus manifestaciones, sobre todo en el progreso dinámico en la vida de virtud del monje. La presencia y manifestación de Dios en la comunidad pertenece al orden de lo encarnado y sacramental (*is Incarnational and sacramental*). Será por lo tanto una experiencia sacramental, una experiencia de signos. Los prerequisites para esta experiencia son la fe y el discernimiento.

### *Apéndice II*

Tal como yo entiendo el pedido, este apéndice debería ser una especie de esbozo de lo que espero encontrar en los demás artículos de esta serie. No me siento capaz de decir lo que deberían tratar los demás artículos, puesto que la mayoría de ellos pertenecen a disciplinas en las cuales no poseo competencia suficiente. Claro que tengo deseos, pero articularlos me tomaría más tiempo del que dispongo. Además, prefiero escuchar a los demás autores más bien que prejuzgar sus presentaciones según mis propias aspiraciones. Estoy ansioso por ver la colección completa y los diversos puntos de vista que expresarán sus artículos.

### *Apéndice III. PUNTOS ACERCA DE LA APLICACIÓN PRÁCTICA DE LA EXPERIENCIA COMUNITARIA DE DIOS*

1. La presencia, manifestación y experiencia de Dios en el cenobio, ¿qué dice acerca de la estabilidad? ¿Cómo puede un monje que está separado durante largos períodos de la interacción de los hermanos en la oración y la vida diaria, tener la esperanza de experimentar, en su condición de cenobita, a Dios? Esto cuestiona el hecho de un cenobita que vive en una parroquia solo, o en un lugar donde no puede haber una experiencia de oración comunitaria, y donde no puede ver la diaria manifestación de la presencia de Dios en el crecimiento de su hermano en la virtud.
2. Para que los demás vean a Dios manifestándose en el monje, y experimenten de esta manera la presencia de Dios, cada monje está llamado a la fidelidad en la “rutina” monástica. Pues si el monje no alterna con sus hermanos en la oración común y la vida diaria, excepto accidentalmente, no puede

esperar experimentar a Dios en las estructuras comunitarias, ni puede ser un instrumento de la presencia de Dios y de su manifestación para los demás.

3. Tenemos que admitir que a veces el *sacramentum tantum* impide la experiencia de la *res* si los signos son idolatrados, osificados y convertidos en pura fórmula. De este modo, la oración de la comunidad puede devenir tan rutinaria, formal, muerta, que los hermanos no experimentan a Dios como deberían, pues en lugar de ser conscientes de que se han reunido para cantar las alabanzas de Dios y de que El está en medio de ellos, estarían preocupados por rúbricas, estructuras, técnicas, ejecución. Por eso, la renovación de estructuras de la oración común tendría que hacerse con el fin de permitir que brille, a través de la acción, la presencia de Dios en la asamblea de los hermanos reunidos en su nombre. No sabría decir cómo se puede llegar a esto. Pero cuando el *opus Dei* llega a ser en el pensamiento y la actitud de muchos monjes un ejercicio al cual deben asistir, más que un encuentro sacramental con el Dios vivo, entonces hay algo que anda mal.

4. Para experimentar como cenobita a Dios, el monje debe experimentar una auténtica y verdadera comunidad de hermanos, de solidaridad en el rebaño del Señor. Pues la experiencia de Dios para el cenobita tiene lugar en el contexto de una interacción dinámica de hermanos, unidos en Cristo y guiados por el Espíritu. Por ello el aspecto de verdadera comunión fraternal debe predominar sobre las estructuras. Las estructuras son necesarias y esenciales, pero pueden inhibir y aun matar la experiencia de Dios que un cenobita, como un hermano entre otros hermanos, debería experimentar.